

Sin
LIBERTAD
NO HAY
AMOR

PADRE
ALBERTO
LINERO

Sin
LIBERTAD
NO HAY
AMOR

CÓMO SER UNA PERSONA INDEPENDIENTE Y FELIZ

DIANA

Contenido

Presentación	11
Capítulo 1. Confiando en el poder de Dios	19
Capítulo 2. El enamoramiento: una etapa pasajera de mendigar amor	63
Capítulo 3. Sin libertad no hay amor	79
Capítulo 4. Eres valioso, esa tiene que ser tu seguridad	93
Capítulo 5. Mendigar amor es un mal negocio	107
Capítulo 6. Justificar la situación no la cambia	117
Capítulo 7. Sin miedo a la soledad	127

Capítulo 8. Inicia un nuevo camino.....	139
Capítulo 9. Frases que no pueden estar en tu vocabulario	147
Capítulo 10. Frases para sospechar de la actitud de la otra persona.....	157
A manera de conclusión	167

Capítulo 1

Confiando en el poder de Dios

Una clave espiritual para entender por qué tenemos que vivir en libertad nuestras relaciones, por qué el amor es totalmente libre y por lo cual no podemos mendigar amor, es vivir una relación estrecha e intensa con Dios Padre Todopoderoso. Una relación que nos ayude a entender quiénes somos ante Dios y quién es Él ante nosotros. Somos sus hijos. Jesucristo nos lo ha revelado como Padre (Mateo 6, 9), lo que significa que Él nos ama y que quiere lo mejor para nosotros; Él no nos quiere esclavos ni títeres de nadie, nos ha dado la vida para que nosotros seamos capaces de hacerla desde nuestra libertad (Deuteronomio 30, 19) y permitió el sacrificio de su Hijo en la cruz (Gálatas 5, 1). Esto significa que no es posible, en la espiritualidad cristiana, apoyar cualquier manifestación de esclavitud. Nadie que se sienta hijo de Dios puede creer que su “destino” sea mendigarle amor a otra persona.

Ahora bien, Él es nuestro Padre. Un Padre misericordioso que nos consuela y nos quiere felices (2 Corintios 1, 3). Es un Padre Todopoderoso que no tiene límites y que no puede ser vencido por ninguna limitación. Él lo puede todo en el amor. Considero que meditar esta realidad de Dios nos lleva a confiar plenamente en el Señor y a tomar la decisión de ser seres libres confiados en sus manos (Juan 10, 28). Esto es, quien se sabe

amado por el Padre Dios todopoderoso no tiene miedo de caminar en libertad, no tiene miedo de dejar a un lado lo que lo esclaviza, no tiene miedo de liberarse de esas dependencias que no le permiten volar y vivir a plenitud.

Reflexionar en torno al Poder de Dios es llenarse de seguridad y fuerza para continuar el camino de la vida. Es tener la certeza de que podremos superar todas las situaciones adversas que experimentamos (Romanos 8, 37), es sentir la fuerza de Dios que nos impulsa y nos hace caminar seguros, caminar en libertad.

Creo que a muchos de nosotros nos hace falta comprender quién es Dios. A veces nos quedamos con caricaturas de Él y no somos capaces de captar todo su poder en nuestra vida. Dios es el todopoderoso, es aquel que tiene la fuerza ilimitada para ayudarnos a ser felices, para hacernos vivir en libertad; por eso Pablo decía con fuerza: *Si estoy con Dios quién contra mí* (Romanos 8, 31).

El amor es para vivirlo en libertad, sin dependencias, sin chantajes, sin mendigarlo, sin tener que arrodillarme para que no me dejen. El amor es la certeza de que se puede ser feliz sin esa persona, pero se la ha elegido por todo lo que ella es y nos puede dar. A quien entiende su ser frente a Dios no le da miedo vivir en libertad. Sabe que Dios lo ha creado para que se realice como persona y saque adelante toda su vida. Es más, ni Dios quiere que estemos a su lado por miedo, Él nos ha invitado a amarlo, a aceptarlo, por eso no se nos

impone ni nos obliga, sino que nos invita a seguirlo, e incluso acepta que algunas veces le digamos que no (Marcos 10, 17-22).

Pero para todo esto se hace necesario que confiemos en Él, que creamos en Él y que lo dejemos actuar en nuestra vida. No le tengamos miedo al Poder de Dios que nos libera y nos empuja a vivir en plena libertad. No le tengamos miedo al desierto que debemos recorrer luego de salir de Egipto para poder llegar a la tierra prometida, tengamos la certeza de que Dios nos va a ir acompañando y ayudándonos a no tenerle miedo a la libertad. Estoy seguro de que si vives ese amor entonces ya no volverás a mendigar amor y vivirás libremente, así tengas que pasar las necesidades y los malestares de caminar en libertad.

Lo que sucede es que somos tan serios, tan racionales, tan estructurados que le ponemos a Dios una camisa de fuerza y no lo dejamos actuar libremente. Muchas veces no dejamos separar las aguas del mar Rojo, ni queremos beber del agua que saca de la roca, ni creemos que nos puede alimentar con codornices. Nos hace falta creer más en Dios para vivir libremente y no dejarnos atrapar ni anclar por nadie.

Quiero meditar con ustedes en torno a esta realidad de Dios que aparece en dos textos bíblicos. El Señor tiene infinito poder y nos invita a ir más allá de nuestra zona de confort. Como siempre, haré una lectura existencial de ellos, siempre pensando en que sin libertad no hay amor.

¿CREES QUE ES TAN PEQUEÑO MI PODER?

Esa es la pregunta que Dios le dirige a Moisés en un momento muy oportuno de su relación. Creo que es la misma pregunta que hoy te hace, a ti que tienes miedo de estar solo, miedo de poder seguir adelante, miedo de tomar decisiones, miedo de asumir los riesgos de tu búsqueda, miedo de tantas cosas.

Leamos el texto completo y contextualicemos bien esa pregunta que apunta de manera directa y franca a nuestra confianza en Él, “el Dueño del apartamento azul”.

Un día los israelitas se pusieron a murmurar contra el Señor debido a las dificultades por las que estaban pasando. Al oírlos, el Señor se enojó mucho y les envió fuego que incendió los alrededores del campamento. El pueblo gritó pidiendo ayuda a Moisés, y Moisés rogó al Señor por ellos. Entonces el fuego se apagó. Por eso aquel lugar se llamó Taberá, porque allí el fuego del Señor ardió en ellos. Entre los israelitas se había mezclado gente de toda clase que sólo pensaba en comer.

Y los israelitas, dejándose llevar por ellos, se pusieron a llorar y a decir: ¡Ojalá tuviéramos carne para comer! ¡Cómo nos viene a la memoria el pescado que comíamos gratis en Egipto! Y también comíamos pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos. Pero ahora nos estamos muriendo de hambre, y no se ve otra cosa que maná... Moisés oyó que los israelitas y sus familias lloraban a la entrada de sus tiendas. El Señor estaba muy enojado.

Y Moisés también se disgustó, y le dijo al Señor: “¿Por qué me tratas mal a mí que soy tu siervo? ¿Qué tienes contra mí que me has hecho cargar con este pueblo? ¿Acaso soy yo su padre o su madre para que me

pidas que los lleve en brazos, como a niños de pecho, hasta el país que prometiste a sus antepasados? ¿De dónde voy a sacar carne para dar de comer a toda esta gente? Vienen llorando a decirme: ‘Danos carne para comer’. Yo no puedo ya encargarme de llevar solo a todo este pueblo, es una carga demasiado pesada para mí. Si vas a seguir tratándome así mejor quítame la vida, si de veras me estimas. Así no tendré que verme en tantas dificultades”.

Pero el Señor le contestó: “Reúneme a setenta ancianos israelitas, de los que sepan que tienen autoridad entre el pueblo, y tráelos a la Tienda del Encuentro y que esperen allí contigo. Yo bajaré y hablaré allí contigo, y tomaré una parte del espíritu que tú tienes y se la daré a ellos para que te ayuden a sobrellevar a este pueblo. Así no estarás solo. Luego manda al pueblo que se purifique para mañana y comerán carne. Ya os he oído llorar y decir: ‘¡Ojalá tuviéramos carne para comer! ¡Estábamos mejor en Egipto!’. Pues bien, yo les voy a dar carne para que coman, y no un día o dos, ni cinco o diez o veinte. No. Comerán carne durante todo un mes hasta que les salga por las narices y les dé asco, porque me han rechazado a mí, el Señor, que estoy en medio de ellos, y han llorado y han dicho ante mí: ‘¿Para qué salimos de Egipto?’”.

Moisés le dijo: “El pueblo que viene conmigo es de seiscientos mil hombres de a pie, ¿y dices que nos vas a dar a comer carne durante un mes entero? ¿Dónde hay tantas ovejas y vacas que se puedan matar y que alcancen para todos? Aun si les diéramos todo el pescado del mar, no les alcanzaría”. Pero el Señor le contestó: “¿Crees que es tan pequeño mi poder? Ahora vas a ver si se cumple o no lo que he dicho” (Números 11, 1-23).

Me encanta leer este texto porque en él se presentan personajes con actitudes parecidas a las que yo, y tal vez tú, podamos tener. Con situaciones del ayer se nos presentan las manifestaciones posibles del hoy. Los personajes que allí interactúan son modelos de nuestros propios comportamientos. Si logramos leer con cuidado lo que el texto nos dice y cómo desde Dios se responde a esas actitudes, podremos nosotros tener la fuerza interior que requerimos para no “mendigar amor”. Miremos a los tres personajes que participan: el pueblo, Moisés y Dios, y tratemos de encontrar lo que caracteriza a cada uno de ellos en las situaciones de la vida.

El primer sujeto que se nos presenta es el pueblo de Israel, que acaba de salir de Egipto y es guiado por Moisés, está en pleno desierto y tiene que pagar el precio de la libertad. En este pueblo están todos los pueblos de la Tierra. Todos los que han sido esclavos y han abierto su corazón para sentir la fuerza de un Dios Liberador que los impulsa a salir de allí, de un Dios Acompañante que va con ellos pero que no los reemplaza en el asumir las situaciones difíciles que tienen. Este pueblo se irrita ante una dificultad, murmura contra Dios y rechaza lo que está viviendo: “Un día los israelitas se pusieron a murmurar contra el Señor debido a las dificultades por las que estaban pasando”. Es la actitud típica de quien no se ha hecho responsable de su vida, de quien está seguro de que todo lo que le sucede es responsabilidad o culpa de otro y nunca de él. Se ha olvidado y no ha podido comprender que la vida está construida

en su mayor parte por la ley de causalidad, es decir, que las cosas que nos suceden tienen una causa, una acción, un pensamiento, una omisión, etc., de nosotros mismos. Pero el pueblo que no ha asumido como propio todo el proceso de liberación sino que lo ha visto como una acción de Dios únicamente ahora reclama por lo que está viviendo. Muchas veces nosotros hacemos lo mismo: culpamos a Dios de todo lo que nos sucede. Estamos seguros de que si ahora nuestra relación afectiva atraviesa por una crisis es por culpa de Dios, creemos que si ahora el convivir con esa persona se ha vuelto insoportable es porque Dios lo ha querido. Él termina siendo el responsable de todo. Por eso el pueblo murmura contra Él y muchos de nosotros nos quejamos de sus aparentes decisiones y acciones, que para nosotros han sido equivocadas. Pudiéramos decir que el pueblo se comporta como un mendigo que prefiere estirar la mano y recibir la solución antes de empuñarla para construirla y conquistarla. En el pueblo se hacen presentes todos los seres humanos que se niegan a luchar para sacar adelante su propia vida y prefieren que sean otros los que les den lo que necesitan. Se prefiere aguantar lo que sea con tal de no quedar solos con la tarea de sacar adelante la propia vida. Se prefiere tener contra quién murmurar antes de ser el único responsable de las acciones que se están viviendo.

Ahora, ahondemos en el contexto de estas situaciones. Teológica y literariamente hablando es el Éxodo, el pueblo de Dios ha salido de Egipto. Ha vivido una pascua. Ha pasado de ser esclavo a ser libre. De tener

quien decida todo a ser sujeto de sus propias decisiones. Tiene que enfrentar ahora las consecuencias de ser libre y tal vez es esto lo que más le cuesta asumir al pueblo. El mismo que celebra la libertad ahora llora las consecuencias, las dificultades que los libres tienen que asumir, los que antes recibían gratis la comida a cambio de su libertad; es decir, pasaron de ser esclavos a tener que luchar por conseguir el alimento y no lo consiguen, lo que los lleva a murmurar contra aquel que les ha dado la oportunidad de ser libres: Dios. Ellos terminan creyendo que lo mejor era no haber salido de Egipto, es decir, prefieren seguir siendo esclavos a no poder libremente encontrar el alimento que les ayude a satisfacer sus propias necesidades: “¡Ojalá tuviéramos carne para comer! ¡Cómo nos viene a la memoria el pescado que comíamos gratis en Egipto! Y también comíamos pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos. Pero ahora estamos muriendo de hambre...”. Se ve el pasado como una mejor propuesta que el presente. Se presume que estar esclavizado allá con comida es mejor que estar libre ahora sin comida. Es decir, se prefiere la entrega de la libertad a cambio de ese pseudosatisfactor.

Esto sucede con muchos hombres y mujeres que prefieren seguir siendo “dependientes”, esclavos, mendigos, antes de asumir el gobierno de su propio proyecto de vida. Muchos prefieren seguir llorando, sufriendo, mendigando amor en vez de asumir la dirección de su vida y de exponerse a no poder conseguir lo que necesitan para satisfacer sus necesidades. Por eso prefieren murmurar y quejarse de Dios y de lo que supues-

tamente este hace, mas no toman decisiones precisas que les ayuden a saber responder ante esas dificultades. Muchas de las actitudes de miedo y de rebeldía que se tienen en nuestra vida pueden ser consecuencia de ese miedo a ser plenamente libre. Por esto, considero que si tenemos una experiencia espiritual que nos haga capaces de confiar en nuestras fuerzas y en nuestras posibilidades no vamos a tener que mendigar amor a nadie ni a nada.

Podrías preguntarte si te estás comportando como el pueblo de la Biblia, si estás murmurando contra Dios por no haber podido resolver tus propios problemas, si estás dejando que la falta de confianza en ti mismo te haga rebelarte contra tu propio presente y añorar tu pasado de esclavo. Pregúntate si estás actuando como un mendigo que no asume sus propias acciones sino que prefiere creer que esa es la responsabilidad de otro. Tienes que aprender a confiar en ti, en tus posibilidades y en Dios para enfrentar el presente –aunque esté lleno de dificultades– y asumir la libertad que Dios te ha dado.

Miremos ahora las actitudes de Moisés en esta escena que nos ha transmitido el libro de los Números: “Moisés oyó que los israelitas y sus familiares lloraban a la entrada de sus tiendas. El Señor estaba muy enojado. Y Moisés también se disgustó y le dijo: “¿Por qué me tratas mal a mí, que soy tu siervo? ¿Qué tienes contra mí, que me has hecho cargar con este pueblo? ¿Acaso soy yo su padre o su madre para que me pidas que los lleve en brazos como a niños de pecho, hasta

el país que prometiste a sus antepasados? ¿De dónde voy a sacar carne para dar de comer a toda esta gente? Vienen llorando a decirme: ‘Danos carne para comer’. Yo no puedo ya encargarme de llevar solo a todo este pueblo, es una carga demasiado pesada para mí. Si vas a seguir tratándome así mejor quítame la vida, si de veras me estimas...” (Números 11, 10-15).

Moisés le reclama a Dios. Él se siente responsable del pueblo y por eso al escucharlos quejarse y murmurar asume sus reclamos y por eso va donde Dios. Dios es el que lo ha llamado y el que le ha dado esa misión de guiar a su pueblo. Su ser líder se define desde su relación con Dios y por eso tiene que ir hasta donde Él a reclamar por todo lo que está viviendo su pueblo y que él no puede resolver solo. Estamos ante un reclamo de un hombre a Dios, alguien que siente que Dios no está cumpliendo con su parte de la tarea y se lo dice; estamos ante la actitud de alguien que sabe que puede hablar cara a cara con Dios y puede contarle lo que está pasando en su corazón y a su alrededor –como en este caso con el pueblo que guía–; sí, estamos ante un reclamo, pero muy diferente del reclamo del pueblo. Mientras aquellos prefieren volver a Egipto para no pasar hambre, prefieren perder su libertad con tal de estar cómodos, este prefiere morir y no ser esclavo. Es alguien libre que no quiere perder su libertad.

Alguien que sabe que sin libertad no se puede vivir como un verdadero humano. Alguien que conoce el valor de poder decidir por sí mismo qué hacer. Moisés no rechaza su trabajo, reconoce su responsabilidad, su de-

ber de responder a las necesidades del pueblo –porque es el líder– pero a la vez el no poder responderlas solo.

Es la actitud de un líder, de uno que dirige su proyecto, de uno que se sabe con la obligación de responder por las necesidades de un pueblo. No se trata de un mendigo que va donde Dios a pedirle que le solucione sus problemas, no se trata de un mendigo que tiende la mano y a la vez murmura contra Dios, no se trata de un mendigo que tiene miedo de afrontar sus responsabilidades y prefiere la esclavitud. Se trata de un ser humano libre que va donde Dios a pedir ayuda porque está trabajando y luchando por cumplir su misión, un ser humano libre que no tiene miedo de enfrentar las consecuencias de su misión en la vida, un ser humano libre que siente dolor por no poder responder por sí mismo a las realidades que su pueblo le expresa. Es un libre. Uno que sabe que tiene que ser dueño de sí, que Dios lo ha llamado a dirigir su vida y la vida de los que ha puesto a su orden. Es tan libre que puede enojarse con Dios y puede pedirle a Dios que actúe. Es tan libre que está dispuesto a entregar su vida si no puede con su tarea.

Moisés es modelo para cada uno de nosotros. Es un hombre libre mas no perfecto. Un héroe que no lo puede hacer todo. Uno que se sabe capaz pero también sabe que necesita ayuda. Uno que tiene que cumplir con su misión, porque esa es la razón de ser de su vida. Todos los que quieran vivir la vida sin mendigar amor encuentran en este hombre –o por lo menos en la figura que el Antiguo Testamento nos trae– un gran modelo: alguien que asume la tarea que tiene que realizar –la

que ha descubierto desde su relación con Dios–, que descubre las dificultades, las asume y pide a Dios que le ayude porque sabe que solo no puede, pero lo hace en total libertad.

Esa tiene que ser la actitud tuya, querido lector; tienes que ser, como Moisés, alguien que conoce cuál es su misión. Sin saber cuál es la misión que tenemos en la vida no se puede ser libre, se termina viviendo vidas de otros y no propiamente la que nos corresponde. Tienes que aceptar las dificultades que hay en la vida sin miedo, sin temores exagerados, sin querer abandonar la misión y sabiendo que tienes en Dios alguien que te puede ayudar. Pongamos esto en palabras todavía más claras: si tu misión es ser un hombre o una mujer feliz, tienes que darte cuenta de que esa misión trasciende todos los proyectos en los que se encarna.

No puedes confundir esa misión con ser una esposa o un esposo de tal o cual forma, o ser un profesional en tal o cual tarea, ni estar con alguien o no estar. Tienes que darte cuenta de que ser feliz trasciende todos esos proyectos y tienes la posibilidad de seguir haciéndote presente en todos los proyectos que decides realizar. Por eso no puedes quedarte pegado a una concreción de ese proyecto. No puedes confundir la felicidad con estar con ese hombre o con esa mujer ni mucho menos con ser tal o cual profesional. Tienes que ser feliz. Y ser feliz supone realizarte como un ser libre, capaz de sentirte pleno y armonioso contigo y con los demás. Las dificultades que te resulten –que no son pocas con seguridad– como que alguien no te quiera, como que

alguien quiera maltratarte, como que alguien quiera anularte o quisiera decretarte incapaz y burlarse de ti, las tienes que enfrentar y vencer, sin entregar tu libertad, sin transar, sin negociar tu dignidad ni la razón de ser de tu vida. Estando dispuesto a entregarlo todo antes de entregar tu dignidad y tu libertad. Dios estará presto a ayudarte como lo hizo con Moisés.

No mendigar amor supone ser libre y para serlo hay que saber qué se quiere y hacia dónde se va en la vida, tener la suficiente claridad para no dejar que cualquier proyecto malogrado nos haga creer que la vida ha terminado y hemos fracasado; hay que saber estar por encima de todo y no dejar que ningún apego –que los tenemos y que forman parte de nuestra vida– nos haga perder el objetivo que tenemos. No se trata de ser un robot que no siente y que no ama y no valora a nadie. Se trata de ser alguien que ama verdaderamente porque se ama a sí mismo y está abierto a Dios. Es una aventura que exige valor, temple, carácter. Es la aventura de vivir y de ser feliz, que nos tiene que llevar a asumir riesgos.

Sé que no es fácil de comprender y aceptar esto en medio de una sociedad que construye personas débiles que todo lo transan o lo negocian –sin importar que sea su dignidad y su razón de ser–, que le temen al sacrificio y a la disciplina, y que han hecho del confort –del tener todo lo que se requiera para no esforzarse, para no moverse, para no salir ni entrar, para poder comprar todo con un movimiento de tarjeta– su mejor ideal. Una sociedad que presenta la soledad como el peor de los males y que grita a voz en cuello “Es mejor

estar mal acompañado y sufriendo que solo”; sí, se nos hace creer que la única posibilidad de ser felices es estar casados –aunque sea mal casados–, es estar rodeados de dependientes –aunque estos le quiten posibilidades de crecer a todos–, una sociedad que presume que todo solterón es sospechoso. Una sociedad que confunde el amor con el placer y con el sexo, y la felicidad con todos los “deseos” satisfechos. Estoy seguro de que esta sociedad construye mendigos de amor en serie. Que el trabajo de los medios de comunicación, la nueva pseudoeducación, la economía de mercado y todos esos instrumentos modernos y posmodernos lo único que buscan es que no sepamos hacia dónde vamos, cuánto valemos, qué podemos hacer con nuestra fuerza interior, y nos “construye” como verdaderos mendigos.

No me extraña que tú, que me estás leyendo, creas que no puedes seguir adelante porque alguien te dejó, o porque has tenido un fracaso o porque tu hijo no es lo que soñaste o porque no tienes el trabajo y el reconocimiento que habías soñado. No me extraña que la depresión haya llegado a tu ser, porque tantos planes no se han podido realizar o porque tienes en tu contra muchas situaciones difíciles de resolver. No me extraña que estés llorando y creyendo que no podrás más y que la felicidad no se hizo para ti.

Tranquilo, no te estoy juzgando, así somos todos, estoy diciendo que tienes que descubrir en tu vida eso que Moisés nos ha mostrado y que puede ser el comienzo de tu propia aventura de felicidad y de gozo. Debes tener clara cuál es tu tarea y tienes que ir donde tu Dios,

con el que te has relacionado íntimamente, reclamarle y decirle que necesitas su manifestación para que todo quede claro, para saber qué hacer y para comprender que la vida no se ha acabado y que quedan muchas posibilidades –aunque ahora no las veas– por encontrar y, obviamente, por realizar.

Sin embargo, dejemos por un momento a Moisés y fijemos nuestra mirada en Dios, otro de los sujetos del relato. Es importante aclarar que aquí en estos relatos se va mostrando lo que los hombres van comprendiendo que es Dios, es un camino de revelación progresivo que tiene en la encarnación su plenitud, porque allí es Dios quien se nos muestra totalmente para que no nos quede duda de cómo es Él, se nos muestra visible el que siempre es invisible (Colosenses 1, 15). Dios, en el relato, es percibido como quien está dispuesto a ayudar siempre a los hombres. Esto es importante entenderlo inmediatamente, nosotros nos sentimos solos y por eso preferimos mendigar amor, pero esa es una mentira de nuestra manera de comprender el mundo, Dios siempre está a nuestro lado dispuesto a colaborarnos con lo que tenemos. Tu experiencia espiritual tiene que convencerte de esto, no estás solo, Él está contigo.

La respuesta de Dios a Moisés es “Reúneme a setenta ancianos israelitas, de los que sepan que tienen autoridad entre el pueblo, y tráelos a la Tienda del Encuentro y que esperen allí contigo. Yo bajaré y hablaré allí contigo, y tomaré una parte del espíritu que tú tienes y se la daré a ellos para que te ayuden a sobrellevar a este pueblo. Así no estarás solo”.

El primer reclamo de Moisés está resuelto. Dios le enviará ayudantes a su enviado. Dios ha contestado a lo que Moisés le ha pedido. Es importante que cada uno de los que me leen en este momento reflexione sobre esa característica de Dios. Él siempre responde, Él siempre ayuda, Él está presto a extender la mano para que nos apoyemos en ella. Moisés ha reclamado ayuda y Dios ha contestado con ayuda. No puedo mendigar amor teniendo a un Dios que siempre está conmigo colmándome de su presencia maravillosa y de su amor infinito. Lo que pides, con fe, Él te lo concede. Entonces, ¿por qué mendigar amor? ¿Por qué tenerles miedo a las consecuencias de tus acciones? ¿Por qué vivir arrodillado en la vida? Tienes que asegurarte interiormente en la certeza de que Dios no deja tus peticiones sin respuestas. Tienes que estar seguro en la presencia de su amor y de su bendición. Si tienes eso claro en tu mente y en tu corazón no vas a tener miedo de tus decisiones y de lo que tienes que hacer, ni mucho menos vas a tener que negociar tu dignidad y tu felicidad a cambio de un “mendrugo” de afecto.

Es bien importante que seamos capaces de interiorizar lo que nos enseña esta respuesta de Dios: Él escucha la oración que el hombre le hace y siempre responde de la mejor manera. Con esa seguridad debemos caminar en la vida. Nosotros tenemos que estar seguros de la ayuda que nos llega desde lo alto a nuestro corazón. Una ayuda que no nos quita nuestra responsabilidad sino que nos hace ser capaces de nuestra misión. Moisés ha pedido ayuda y Dios se la ha dado. No le quita

la tarea de guiar a ese pueblo, no le acepta la propuesta de terminar con todo sino que le da una ayuda preparada; por eso le da una porción de su Santo Espíritu para que puedan ayudar a Moisés en la tarea de seguir conduciendo por el desierto a ese pueblo. Cada uno de los que se sienten agobiados por la vida y creen que no merecen nada hoy debería tener en este texto una inspiración para ir de rodillas a Dios y pedir ayuda porque Él siempre ayuda.

Pero Moisés ha trasladado hasta Dios la súplica –que asume tonos de queja por momentos en el texto– del pueblo: “¡Ojalá tuviéramos carne para comer!... Nos estamos muriendo de hambre y no se ve otra cosa que maná”. ¿Qué propone Dios para resolverla? La propuesta de Dios muestra su generosidad, pero sobre todo muestra su poder: “Luego manda al pueblo que se purifique para mañana y comerán carne. Ya os he oído llorar y decir: ‘¡Ojalá tuviéramos carne para comer! ¡Estábamos mejor en Egipto!’. Pues bien, yo les voy a dar carne para que coman, y no un día o dos, ni cinco o diez o veinte. No. Comerán carne durante todo un mes hasta les salga por las narices y les dé asco, porque me han rechazado a mí, el Señor, que estoy en medio de ellos, y han llorado y han dicho ante mí: ‘¿Para qué salimos de Egipto?’” (Números 11, 18-20).

La respuesta, aunque está teñida de ironía, muestra la generosidad de Dios. Está molesto porque no es justo que este pueblo que ha visto su poder y que ha podido sentir su misericordia ahora esté renegando de su actuación y queriendo devolverse al territorio de la

esclavitud. Pero mantiene su generosidad y siempre quiere ayudar a quien le pide ayuda. Él ama a ese pueblo, Él lo ha creado, lo ha cuidado, lo ha liberado de Egipto y ahora lo conduce por el desierto hacia la tierra prometida. Él no quiere que nada malo le suceda. Está siempre dispuesto a ayudar. Él va a complacer a su pueblo y le va a dar la carne que pide y lo va a hacer con toda la generosidad posible.

Todos los que están mendigando amor, los que se sienten tristes, agobiados y que lloran por montones debieran volver a tener una esperanza en estas palabras que está diciendo Dios. Él responde a todos los que le pedimos por fe. No tengas miedo de seguir adelante, Dios está contigo. No tengas miedo de pasar hambre, Él será tu alimento. No tengas miedo de enfrentar dificultades y adversidades, Él será la fuerza que desde dentro te haga triunfar. Si me estás leyendo y estás mendigando amor, en esta respuesta del Señor a Moisés deberías encontrar un motivo para no seguirlo haciendo y para ponerte en sus manos confiadamente.

Moisés es un hombre libre. Dios lo ha liberado. Y él hace uso de esa libertad frente a todos, aun frente a Dios. Dios no nos quiere esclavos de Él ni nos quiere fanáticos incapaces de pensar y de analizar lo que se nos dice. Piensa un momento: si Moisés no tiene miedo de preguntar, de expresar su pensamiento, de tomar distancia, de dudar frente a Dios, ¿lo hará frente a otro humano? Tú eres libre. Dios te ha hecho libre para que vivas feliz, para que seas capaz de expresar tus propias ideas, para que tengas tus propias pala-

bras, tus búsquedas, tus sueños. Nadie puede someterse a un silencio impuesto, a un maltrato constante, a un desprecio de tus posiciones, a un hacerte sufrir, sin que tú lo quieras. Tú tienes derecho a levantar la voz y a decir “no estoy de acuerdo”, a preguntar, a cuestionar, a dudar y a esperar respuesta. Esto es lo que hace Moisés:

El pueblo que viene conmigo es de seiscientos mil hombres de a pie, ¿y dices que nos vas a dar a comer carne durante un mes entero? ¿Dónde hay tantas ovejas y vacas que se puedan matar y que alcancen para todos? Aun si le diéramos todo el pescado del mar, no le alcanzaría (Números 11, 21-22).

Es una duda. Pero más que eso la quiero entender como una manifestación de alguien razonable que está en un problema y que cree que la respuesta que Dios le ha dado es ilógica. Moisés expone su libertad cuestionando lo que Dios le ha dicho. Cree que Dios no puede cumplir lo que está prometiendo y así se lo hace saber. Me encanta esa relación de Moisés con Dios, en que cada uno puede manifestar lo que piensa, lo que siente, lo que cree. Creo que así tiene que ser. No podemos quedarnos callados si no estamos de acuerdo. No podemos dar por aceptado lo que no creemos posible. Eso es no ser mendigos. Moisés no es mendigo ni de Dios. Expone lo que cree y cuestiona lo que Él le ha dicho que puede hacer. Expresa su duda fundamentada en razonamientos válidos, la evidencia está en contra de Dios, lo que nos dice Moisés es lógico, lo que propone Dios no parece serlo por esos mismos argumentos.

